

Claude Julien

EL IMPERIO AMERICANO



S
T
E
R
E
O
I
M
A
G
E
S



EL IMPERIO ECONOMICO

La obligación moral de proceder a intercambios comerciales entre naciones está basada, entera y exclusivamente, en el precepto cristiano que nos pide que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Pero puesto que la China no es un país cristiano, sus habitantes no se sienten obligados por el precepto. Su sistema es odioso y antisocial. El principio fundamental del Imperio chino es anticomercial. No reconoce la obligación de proceder a intercambios comerciales con otros países. Ya es hora de que se ponga fin a este enorme atentado a los derechos de la naturaleza humana y al primer principio del derecho de las naciones.

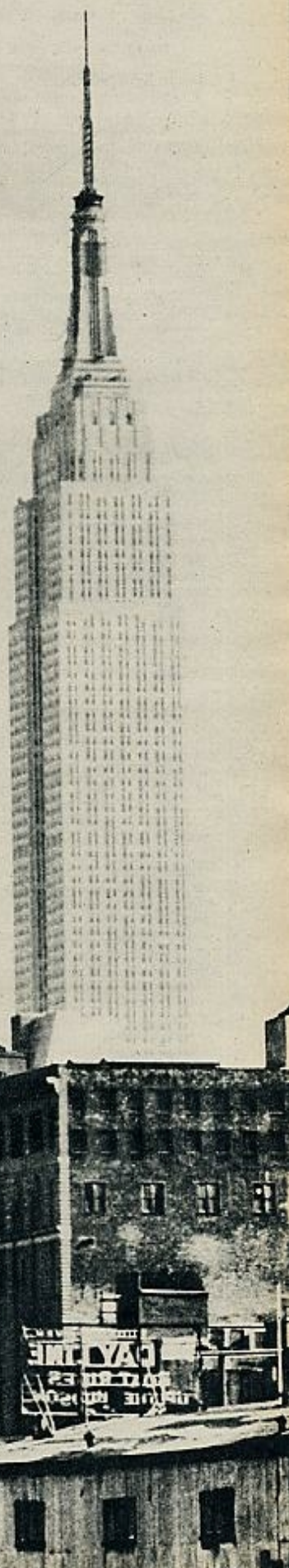
La tradición que confiere un carácter sagrado a los intercambios comerciales viene de lejos. En 1842, durante «la guerra del Opio», fue formulada en estos términos casi increíbles por John Quincy Adams (1767-1848), primer diplomático, luego secretario de Estado bajo la presidencia de Monroe, y después presidente de Estados Unidos y miembro de la Cámara de Representantes. En aquella época, los Estados Unidos no eran grandes importadores de materias primas y no tenían capitales que exportar. Sin embargo, el comercio les parecía la más alta manifestación del ideal cristiano, y, lo mismo que a Lyndon Johnson no le ha faltado el apoyo de altas per-

sonalidades eclesiásticas para bendecir la guerra del Vietnam, la Oficina Americana de Misiones Extranjeras presentaba la «guerra del Opio» como «el resultado de un alto designio de la Providencia» para poner a la China «en contacto con las naciones occidentales y cristianas».

Aunque formulada en términos menos pintorescos, la misión actualmente encomendada a los intercambios comerciales no es menos noble. Tiende hacia varios objetivos que, de hecho,

son tan solidarios que se identifican entre sí:

1.° De una parte, los intercambios comerciales sirven al interés nacional de los Estados Unidos, que tienen la necesidad vital de importar materias primas y de exportar productos manufacturados además de capitales. El presidente Eisenhower, por ejemplo, declaraba en su «discurso inaugural» de 20 de enero de 1953: «Sabemos que estamos unidos a todos los pueblos libres no sólo por una noble



*"Sabemos que estamos unidos a todos los pueblos libres no sólo por una noble idea, sino por una simple necesidad...
A pesar de nuestro poderío material, necesitamos mercados en el mundo
para los excedentes de nuestra producción agrícola e industrial". (Eisenhower, 1953)*

idea, sino por una simple necesidad. Ningún pueblo libre puede aferrarse por mucho tiempo a un privilegio o permanecer seguro encerrándose en una soledad económica. A pesar de nuestro poderío material, necesitamos mercados en el mundo para los excedentes de nuestra producción agrícola e industrial. Necesitamos, igualmente, para esta producción agrícola e industrial, materiales vitales y productos procedentes de tierras lejanas. Esta ley fundamental de interdependencia, tan evidente en el comercio en tiempo de paz, se aplica con una intensidad mil veces mayor en tiempos de guerra.

2.º Pero los intercambios comerciales son igualmente provechosos para los demás países del mundo libre, que pueden vender a los Estados Unidos materias primas y comprar los bienes de equipo que necesitan. Esta función es capital, ya que tiende «a demostrar que en el siglo XX, lo mismo que en el siglo XIX, tanto en el hemisferio Norte como en el hemisferio Sur, la expansión económica y la democracia pueden caminar juntas» (John Kennedy, 22 de marzo de 1961).

3.º Los intereses de las empresas privadas americanas coinciden así estrechamente con los de un gobierno que asume el liderazgo del «mundo libre» en la resistencia al comunismo. Fred J. Borch, presidente de General Electric, declaraba ante el Economic Club, de Nueva York, el 9 de noviembre de 1964: «¿No es cierto que, por encima de los propósitos comunes y de los malentendidos del gobierno y de los medios financieros, existe un designio más alto, un "consensus" al se prefiere, donde se unen el interés público y el interés privado, que cooperan y reaccionan uno sobre otro para convertirse en el interés nacional?». John D. Lockton, tesorero de General Electric, era aún más explícito: «Nuestra búsqueda de beneficios nos sitúa abiertamente en la línea de la política nacional, que tiende a desarrollar el comercio internacional en cuanto medio de reforzar al "mundo libre" en la guerra fría que le opone al comunismo». Sea cual fuere la forma de la acción de los Estados Unidos, sea cual sea el terreno en que se lleva a cabo, siempre tiende a un mismo y único objetivo. No puede haber contradicción fundamental entre las iniciativas gubernamentales y las de la industria privada; más exactamente, si las dimensiones se producen es porque se ha perdido de vista el objetivo común. Por ello, Bernard Baruch insiste sobre «el carácter esencialmente único de los intereses económicos, políticos y estratégicos de los Estados Unidos».

4.º Puesto que los intereses privados y el interés nacional son solidarios, sus intervenciones en el extranjero deben estar coordinadas. No hay ningún conflicto que oponga las inversiones privadas en el extranjero y los programas gubernamentales de ayuda al exterior. Eugene R. Blank, ex presidente del Banco Mundial, explica las razones: «Nuestros programas de ayuda al extranjero son beneficiosos para las empresas privadas americanas. Presentan tres ventajas principales: a) la ayuda al extranjero proporciona un mercado sustancial e inmediato para las mercancías americanas y para los servicios; b) la ayuda al extranjero estimula el desarrollo ultramar de mercados nuevos para las compañías americanas; c) la ayuda al extranjero orienta la economía

de los países beneficiarios hacia un sistema de libre empresa gracias al cual las firmas americanas pueden prosperar». El mercado «sustancial e inmediato» es abierto por la cláusula que obliga a los países beneficiarios a consagrar un promedio del 80 por ciento de los créditos recibidos a compras efectuadas a los Estados Unidos. Las otras dos ventajas de la ayuda al extranjero son menos directamente sensibles, pero no menos reales, en la medida en que las empresas privadas americanas son exportadoras de productos acabados y de capitales.

5.º El sistema de libre empresa así promovido por la acción conjunta de los capitales privados y de los créditos gubernamentales demanda una protección militar. Andrew F. Brimmer, secretario adjunto de Comercio, insistió sobre este punto al tomar la palabra ante la «Tax Foundation». Si los programas de ayuda, no sólo económica sino también militar, declaraba, fuesen interrumpidos, «las inversiones privadas en el extranjero podrían ser un dispendio, ya que no tendrían la garantía suficiente para que se tomara el riesgo de llevarlas a cabo». Los representantes de las empresas privadas son aún más explícitos cuando abordan el problema. Alfred Wentworth, vicepresidente del Chase Manhattan Bank, encargado del sector de Extremo Oriente, declara, por ejemplo: «En el pasado, las inversiones extranjeras han sido un tanto circunspetas a causa de las perspectivas generales del Sudeste Asiático. Debo decir, sin embargo, que la acción de los Estados Unidos en el Vietnam durante este año —que ha demostrado que los Estados Unidos seguirán dando a las naciones libres de esta región una protección efectiva— ha tranquilizado considerablemente a los inversores asiáticos y occidentales. De hecho, creo que puede esperarse que un desarrollo económico pueda realizarse en las economías libres de Asia, lo mismo que se ha producido en Europa después de la proclamación de la "doctrina Truman" y después de que la NATO proporcionara un escudo protector. Lo mismo ocurrió en el Japón después de que la intervención americana en Corea eliminara las dudas de los inversionistas». Sin una protección militar adecuada, los capitales privados no correrán el riesgo de in-

vertirse en las zonas expuestas. Pero la penetración económica es también indispensable para la seguridad militar de los Estados Unidos, ya que, como decía John Kennedy, «si la India se viniera abajo, si América Latina se nos escapara y si el Oriente Medio se pusiera de lado del Este, ni los ingenios balísticos, ni los satélites artificiales, ni los aviones, ni los submarinos atómicos podrían hacer nada para salvarnos».

Así es como aparece claramente lo que Bernard Baruch llama «el carácter esencialmente único» de los intereses americanos, sean políticos, económicos o militares. Estos distintos aspectos están imbricados hasta el punto de que ninguno de ellos podría predominar. Cada uno de ellos es indispensable a los demás. Si uno de ellos se debilitara, se vería amenazado. El imperio americano no puede ser puramente económico. Su base económica es indisoluble de su base política y de su base militar, ninguna de ellas es más o menos importante que las otras. Las tres buscan su justificación en el mismo ideal, que Lyndon Johnson resume así: «Si queremos diferenciarnos de los tiranos de esta época, nosotros, que en la actualidad estamos al servicio de los hombres libres, nunca debemos establecer una separación entre el poder que detentamos y el Dios que reside en el fondo de nuestros corazones» (1.º de febrero de 1961).

CONSUMIDORES PRIVILEGIADOS

Los Estados Unidos no pueden tener una política económica imperialista, ya que su aparato de producción está esencialmente orientado hacia el consumo interior: este argumento parece convincente a primera vista, puesto que los Estados Unidos son, sin duda, el país que consagra a las exportaciones el más débil porcentaje de su producto nacional bruto, apenas el 5 por ciento frente al 37 por ciento de Bélgica, el 21 por ciento del Canadá, el 15 por ciento de Francia, el 20 por ciento de Alemania Occidental, el 17 por ciento de Italia, el 11 por ciento del Japón, el 12 por ciento de España. Pero el pro-

ducto nacional bruto de Estados Unidos es dos veces y media más importante que el de los seis países del Mercado Común, y el porcentaje de las exportaciones, aunque débil, ha representado en 1966 treinta mil trescientos treinta y seis millones de dólares, contra veinticinco mil quinientos cincuenta millones de las importaciones, lo que supone una balanza comercial excedentaria de cuatro mil setecientos ochenta y seis millones de dólares.

Si las exportaciones americanas representan globalmente un débil porcentaje de la producción, las estadísticas oficiales establecen la lista de cuarenta y cuatro sectores para los que las exportaciones sobrepasan los diez millones de dólares al año y el 15 por ciento de la producción.

Pero el imperio es indispensable para la prosperidad de los Estados Unidos, especialmente para aprovisionarles en materias primas. Las mismas estadísticas oficiales establecen la lista de cincuenta y tres productos cuyas importaciones representan para cada uno de ellos diez millones de dólares por año y más del 15 por ciento de las cantidades disponibles en el mercado americano. Basta con recordar que los Estados Unidos importan el 34 por ciento del mineral de hierro que consumen, el 88 por ciento de la bauxita, el 92 por ciento del níquel, el 99 por ciento del manganeso, el 100 por ciento del cromo, el 25 por ciento del tungsteno, el 21 por ciento del cobre, el 44 por ciento del zinc, el 28 por ciento del plomo, el 66 por ciento del estaño, el 14 por ciento del petróleo, el 85 por ciento del amianto, el 28 por ciento del potasio, el 100 por ciento del caucho natural y de los productos tropicales: café, cacao, plátanos, etcétera... y el 40 por ciento del azúcar. Privados de estas aportaciones exteriores, los Estados Unidos verían cómo su industria se desmoronaba, especialmente las industrias punteras, grandes consumidoras de los metales preciosos indispensables para la fabricación de los aceros especiales.

Esta dependencia de los yacimientos de materias primas que, en su mayoría, están situados en países del Tercer Mundo, es tanto más significativa por cuanto los Estados Unidos consumen más de estos productos que nadie. Con el 6 por ciento de la población mundial, los Estados Unidos consumen el 33 por ciento de la bauxita producida en el mundo entero, el 40 por ciento del níquel, el 13 por ciento del manganeso, el 36 por ciento del cromo, el 25 por ciento del tungsteno, del amianto y del cobre, el 41 por ciento del estaño, el 23 por ciento del zinc, el 14 por ciento del hierro y del plomo, el 28 por ciento del potasio, el 50 por ciento del café. Así es cómo una minoría privilegiada, que apenas representa uno de cada diecisiete habitantes del planeta, consume la cuarta o la tercera parte o hasta la mitad de las materias primas indispensables para la vida moderna. La «sociedad opulenta» está basada en una muy desigual distribución de las riquezas disponibles en el mundo. Con frecuencia se mantiene la ilusión de que la prosperidad americana se basa a la vez en una tecnología avanzada —lo que es exacto— y en la abundancia de los recursos del suelo y del subsuelo de los Estados Unidos, lo cual ya no es cierto. Al mismo

El ataque de Pearl Harbour arrancó a los Estados Unidos, a pesar suyo, de su repliegue en el continente americano, y un enorme esfuerzo de guerra hizo que flotase la bandera estrellada en las cuatro esquinas del planeta.





EL IMPERIO AMERICANO

tiempo, se viene abajo el espejismo de una prosperidad americana accesible a todos los habitantes de la tierra. Si éstos no se benefician de ella, se dice, es esencialmente a causa de un «technological gap» acompañado de un «management gap». La distancia existente en la tecnología y los métodos de gestión es real, pero es infinitamente menor que la existente entre la aptitud de los Estados Unidos y la de los demás países para explotar en provecho propio las materias primas del mundo entero.

Si bien la opinión pública americana no es, en general, consciente de este hecho, los dirigentes no lo ignoran en absoluto. Lyndon Johnson, por ejemplo, declara: «Si todos los habitantes del planeta alcanzaran un nivel de vida tan elevado como el de los americanos tendríamos que producir al año veinte mil millones de toneladas de hierro, trescientos millones de toneladas de cobre, trescientos millones de toneladas de plomo y doscientos millones de toneladas de zinc, es decir, más de cien veces lo que producimos en la actualidad. Y las reservas no son inagotables». No sólo las reservas mundiales no son inagotables, sino que la industria americana depende cada vez más de los minerales preciosos que se procura en el exterior. Sus importaciones de bauxita pasan del 79 al 88 por ciento entre 1950 y 1964, sus importaciones de cromo aumentan de 1.304.000 a 1.864.000 toneladas entre 1950 y 1966, sus importaciones de níquel dan un salto de 91.347 a 141.000 toneladas entre 1950 y 1966, es decir, un crecimiento de más de la mitad.

El mito de una prosperidad americana al alcance de todos los que adoptaran los métodos americanos se viene abajo en cuanto se examinan las cifras. América consume cada vez más hierro, aluminio, cromo, níquel, etcétera... y los yacimientos conocidos de estos minerales no bastan para permitir a los europeos, a los asiáticos, a los africanos, a los latinoamericanos consumir tanto como los Estados Unidos. Quizá llegará un día en el que los productos sintéticos permitan reducir el consumo de los recursos minerales, pero de momento esto no es una realidad más que en lo que se refiere a las fibras textiles y el caucho, y, a pesar de todo, los Estados Unidos importan cantidades nada despreciables de lana, de seda o de caucho natural. Si saben hacer brillar a los ojos del Tercer Mundo las perspectivas insospechadas y seductoras ofrecidas por la ciencia de los productos sintéticos, multiplican, al mismo tiempo, los esfuerzos por ampliar y reforzar el control que ejercen en el mundo entero sobre los recursos naturales disponibles. Su política de inversiones en el extranjero y de ayuda económica demuestra a las claras la importancia que conceden a esta estrategia de las materias primas.

tud de un «destino manifiesto» que impulsa a los Estados Unidos a extender su influencia sobre el conjunto del continente, las Inversiones Americanas en el extranjero se han orientado, en primer lugar, hacia el Canadá y América Latina, donde encontraron abundantes materias primas que explotar. En 1940, el 72 por ciento de las inversiones privadas americanas en el extranjero se efectuaba en Canadá y América Latina. Esta proporción baja al 68 por ciento en 1957 y al 53 por ciento en 1965.

El ataque de Pearl Harbour arrancó a los Estados Unidos, a pesar suyo, de su repliegue en el continente americano, y un enorme esfuerzo de guerra ha hecho flotar la bandera estrellada en las cuatro esquinas del planeta. Los capitales privados no se lanzan por prioridad sobre un continente a partir de entonces demasiado estrecho para ellos. Se extienden por un imperio cuyas dimensiones son las del mundo. Pero su repertorio es selectivo: amplía su acceso a los yacimientos de materias primas del Canadá, de América Latina, del Oriente Medio, después de África y, más prudentemente, del Sudeste Asiático; refuerza también su influencia en los países industrializados. Canadá y Europa son las principales dianas de esta expansión que, de 1957 a 1965, dobla en millones de dólares el volumen de las Inversiones privadas americanas en el extranjero.

Las Inversiones crecen, pues, relativamente poco en las regiones subdesarrolladas del mundo productoras de materias primas sobre las que los Estados Unidos han establecido ya un sólido control. Pero en unos años se multiplican por dos en el Canadá y por tres en Europa, donde afluyen todas las industrias de transformación.

Es cierto que deben tener en cuenta una estructura económica y social que les obliga a pagar unos salarios y unos impuestos más elevados que en los países del Tercer Mundo. Pero establecen lazos cada vez más estrechos entre los países ricos cuya industrialización está ya muy avanzada y que gozan de un nivel de vida elevado.

Las Inversiones privadas americanas son en los países industrializados dos veces más importantes que en el Tercer Mundo, pero no rinden más que 1.452 millones frente a 2.253 millones. En relación al capital invertido, la operación más rentable, con mucho, es la que concierne a las minas y al petróleo del Tercer Mundo. Ahora bien, los beneficios repatriados de América Latina y de Asia son cada año más importantes que las inversiones nuevas realizadas en esos países. En Europa, por el contrario, las nuevas Inversiones americanas son cada año muy superiores a los beneficios realizados sobre el terreno. La explotación de los recursos naturales del Tercer Mundo permite, de este modo, a los Estados Unidos, no sólo el acceso a ricos yacimientos de materias primas que les garantizan un altísimo nivel de consumo, sino también procurarse los capitales necesarios para invertir en países industrializados.

Cada año las nuevas aportaciones de capital son inferiores a los beneficios repatriados a los Estados Unidos y, en siete años, los beneficios repatriados son más de cuatro veces superiores a las Inversiones nuevas;

	INVERSIONES	GANANCIAS
1959	8.120	600
1960		641
1961		711
1962		761
1963		801
1964		895
1965	9.371	888
Aumento	1.251	
Total ganancias.		5.297

Asia no se encuentra, a este respecto, en una situación más favorable que América Latina. Entre 1950 y 1965 los beneficios realizados por los capitales americanos en Asia son cerca de cinco veces superiores a las inversiones nuevas.

Por el contrario, las Inversiones privadas americanas en Europa son cada año superiores a los beneficios registrados.

El gran rendimiento financiero de las inversiones americanas en América Latina y en Asia proporciona a los Estados Unidos la mayor parte de los capitales que le son necesarios para efectuar Inversiones masivas en Europa y para exportar capitales hacia África y Oceanía, donde aún son relativamente poco rentables.

La «noble idea» que exaltaba al presidente Eisenhower, el gran sueño de John Kennedy, que quería demostrar que en el Tercer Mundo «la expansión económica y la democracia pueden caminar juntas», quedan así muy alejados de la realidad. El presidente de General Electric vive de ilusiones: no es cierto que «el interés público y el interés privado se unan para convertirse en el interés nacional». El interés nacional de los Estados Unidos consistiría en atenuar el abismo cada vez mayor entre ellos y América Latina, y no en realizar en América Latina beneficios destinados a ser invertidos en otra parte.

¿Hay que creer que los créditos abiertos por el gobierno americano a

los países del Tercer Mundo compensan los beneficios repatriados a los Estados Unidos? Tomando el ejemplo de América Latina, su deuda anual ha pasado de 455 millones de dólares en 1956 a 2.100 millones en 1965. Cuando, en forma de Inversiones o préstamos, 1.814 millones de dólares entran en Brasil, las salidas hacia los Estados Unidos —beneficios e intereses— representan 2.459 millones, a los que hay que añadir alrededor de 1.000 millones de transferencias clandestinas. Los países pobres contribuyeron de este modo a financiar a los países ricos, con los Estados Unidos a la cabeza. Cuando John Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso, prevista para América Latina créditos anuales de 1.000 millones de dólares durante diez años, es decir, treinta veces menos que el precio de la guerra del Vietnam sólo para el año 1968. Pensaba que América Latina alcanzaría así un desarrollo económico del 5 por ciento por año. El coeficiente real ha sido del 2 por ciento, mientras el coeficiente de expansión demográfica ha sido del 2,4 por ciento. Pero lo más grave es que América Latina, al proporcionar capitales a Estados Unidos, ha contribuido a enriquecer el imperio al que está sometida y que tanto pesa sobre su vida económica y política. «Sólo una enérgica revisión de nuestra política respecto de América Latina puede aún contener la subida de la miseria y del descontento en este Continente», declaraba el senador Robert Kennedy. Pero semejante revisión, en favor de la cual se manifiesta cierto realismo político americano, atentaría seriamente contra la prosperidad interior de los Estados Unidos y la potencia exterior de su imperio.

«De cada catorce dólares de la renta nacional de los Estados Unidos, uno proviene del extranjero. Y, en lo que se refiere a la compañía IBM, puede incluso hablarse de un dólar de cada cuatro», declara Thomas J. Watson, presidente de la International Business Machines Co. Pero se da cuenta de que semejante situación es anormal. Así, pues, añade: «Si los europeos no encuentran medio de frenarnos cortésmente, y si nosotros, en nuestro propio interés, no hallamos los métodos que hagan nuestras operaciones en el extranjero más aceptables a los ojos de los naturales de los países en los que operamos, los europeos, como medida de autodefensa, alzarán nuevas barreras contra una penetración creciente de nuestras industrias en su continente y comenzarán a restringir las posiciones que ya ocupamos». Es evidente que Europa preocupa a Thomas J. Watson más que los continentes donde las empresas americanas realizan beneficios varias veces superiores a sus inversiones. Los hombres de negocio americanos más agudos comprenden que los Estados Unidos no pueden arriesgarse a seguir enriqueciéndose mediante la extensión de su imperio en todos los continentes. Pero los círculos dirigentes siguen mezclando extrañamente las nociones de generosidad, de interés nacional y de prestigio para justificar la política de ayuda al extranjero, siempre estrechamente ligada a la de las inversiones privadas. Lyndon Johnson, por ejemplo, declaraba: «Bajo forma de asistencia militar o de ayuda de todo tipo, distribuimos en el mundo entero la mitad del uno por ciento de nuestra renta nacional. Esta



«Si todos los habitantes del planeta gozaran del nivel de vida norteamericano —vino a decir Johnson—, las reservas del mundo serían insuficientes».

LA ESTRATEGIA DE LAS INVERSIONES

Planteados con el mismo espíritu que la «doctrina de Monroe», y en vir-

**¿Quién
se atreverá
a competir
con el
nuevo
MG 1300
color blanco?**



**¡Sólo el
nuevo
MG
1300
color rojo!**



nuevo  1300

**más potencia,
más reprise,
más velocidad,
magnífico acabado.**

Fabricado en España por **AUTHI**

EL IMPERIO AMERICANO

Inversión no es sólo un gesto de noble generosidad, que, por otra parte, se impone a un país como el nuestro, es también una necesidad sin la cual perderíamos nuestro prestigio. Debemos ayudar a los países subdesarrollados porque nuestro bienestar lo exige. No hace falta ser un mago para prever que, a falta de progreso, se producirán descontentos.

No es seguro que esta «noble generosidad» sirva al «prestigio» de los Estados Unidos y, por el contrario, en numerosos casos, la asistencia económica ha alimentado sólidas animosidades. Lo que, en cambio, sí es seguro es que la ayuda, en todas sus formas, contribuye poderosamente a la prosperidad de los Estados Unidos. ¿Aporta alguna solución a los problemas del Tercer Mundo? John Kennedy daba la respuesta:

«En el mundo entero, los países ricos siguen enriqueciéndose, mientras que los pobres continúan empobreciéndose. Cada vez tienen menos capitales, cada vez más habitantes y menos esperanzas. En este tipo de clima es en el que se desarrollan más fácilmente las tentaciones del más estrecho nacionalismo. El espíritu de dictadura y la convicción de que todo vínculo económico con una nación extranjera lleva en sí una amenaza. Hay que decir que los Estados Unidos de América, que son el país más rico del mundo, no han dado a las naciones más pobres nuevas razones de esperar.»

INTERVENCIONES BRUTALES

Las intervenciones de Washington en los problemas internos de los países extranjeros toman formas distintas según el régimen interior de estos países, según su grado de dependencia económica. Los ejemplos aquí citados están destinados simplemente a ilustrar la variedad de medios de acción de que disponen los Estados Unidos.

Oficialmente, existen las mejores relaciones entre Washington y Ottawa, pero Canadá depende de los Estados Unidos a razón del 52 por 100 para las exportaciones y del 68 por 100 para las importaciones. Además, los capitales americanos controlan el 60 por ciento de la industria canadiense.

Semejante situación permite a Estados Unidos intervenir enérgicamente en los asuntos canadienses. Cuando el Pentágono quiso instalar en Canadá cohetes «Bomarc» con cabeza nuclear la decisión fue impuesta al gobierno de Ottawa, lo que permitió a Dalton Camp, presidente del partido conservador, decir lo siguiente: «Nuestros amigos norteamericanos pueden ser extremadamente agresivos en sus esfuerzos de persuasión».

Cuando Lester B. Pearson, primer ministro liberal, llega al poder en 1963, hereda de su predecesor conservador, John Diefenbaker, un «dossier» que provocaría una seria crisis: las revistas americanas distribuidas en el Canadá ofrecen a las empresas canadienses inserciones publicitarias a tarifa de «dumping», lo que priva a las publicaciones canadienses de una fuente importante de sus ingresos en publicidad; una comisión propone, a título de garantía, una tasa especial del 40 por 100 sobre estos contratos, y el proyecto es aprobado por Pearson lo mismo que lo había sido por Diefenbaker. Inmediatamente, John F. Kenne-

dy telefona desde la Casa Blanca a Pearson para ponerle ante esta disyuntiva: o bien las publicaciones del grupo «Time-Life» y el «Reader's Digest» son eximidas del Impuesto del 40 por 100 o bien los Estados Unidos cortarían el crédito de 420 millones de dólares destinado a la firma «Canadair» de Montreal. Lo cual, añade Kennedy, dejará a dieciséis mil parados en la calle.

Si los Estados Unidos se permiten obrar así con un país evolucionado como el Canadá, toman muchas menos precauciones con países más débiles a los que durante largo tiempo han tratado como simples protectorados. El ejemplo de Cuba está lleno de en-



La doctrina Monroe impulsó a los Estados Unidos a dirigir sus inversiones a Canadá y América Latina. Más tarde aparecería como necesario el mercado europeo.

señanzas en este campo, ya que tanto antes como después de la revolución, Washington ha creído poder imponer su voluntad a este país. Después de la llegada de Fidel Castro al poder, Earl E. T. Smith, ex embajador de Estados Unidos en La Habana, declaró, en septiembre de 1960, ante una subcomisión de la Cámara de Representantes, que hasta la revolución, el embajador americano era «el personaje más importante de Cuba».

Este poderío estaba basado en el hecho de que Cuba vendía a Estados Unidos más de la mitad de su cosecha de azúcar y estaba, además, ligada a la economía americana por toda una serie de acuerdos, especialmente un acuerdo aduanero que otorgaba a Washington una situación de casi-monopolio. Toda una propaganda tendía a acreditar la opinión según la cual este sistema era particularmente beneficioso para Cuba. Pero Kennedy no iba engañado. Declaraba, por ejemplo, que «el 90 por 100 de cada dólar gastado en comprar azúcar cubano es gastado a continuación por los cubanos en la compra de mercancías exportadas por América —y añade—: Una recesión en Estados Unidos disminuye el total de las sumas que podemos consagrar a la compra de mercancías vendidas por los países subdesarrollados, y nuestra inflación sigue aumentando los precios que pagan para procurarse nuestras máquinas».

La estrecha dependencia económica

"Lo que es bueno para la General Motors
es bueno para los Estados Unidos".

(Charles Wilson, ex presidente de la General Motors
y ex secretario de Defensa.)

de Cuba respecto de los Estados Unidos tenía un primer inconveniente: Washington proporcionaba a Batista la ayuda financiera y militar que le era necesaria para mantener su sangrienta dictadura. Además, permitía a Estados Unidos controlar y, en caso necesario, frenar la evolución económica de Cuba.

Cuando, dieciocho meses después de la caída de Batista, el primer petrolero cargado de petróleo bruto soviético llegó a La Habana, las tres refinerías instaladas en la isla se negaron a elaborarlo. Se trataba de una refinería de la Shell y de dos refinerías americanas, Texaco y Standard. Fidel Castro, evidentemente, no

Pero la influencia de los grupos privados sobre el gobierno no por ello es menos considerable y, en todo caso, el ejecutivo se siente obligado a proteger las inversiones privadas en el extranjero. Difícilmente podría actuar de otra manera, ya que la nacionalización de bienes americanos en un país extranjero, si no va seguida de represalias, puede extenderse, lo que pondría en entredicho las bases mismas del imperio.

En el caso concreto de Cuba, el único medio para Washington de evitar el escándalo y la ruptura hubiera sido el exigir a la Texaco y a la Standard que refinaran el petróleo soviético. Desde luego, ése sería el interés no de las propias refinerías, sino de los Estados Unidos, en la medida en que quisieran cuidar sus relaciones con el gobierno cubano en la esperanza de moderar algunas de sus iniciativas. Pero, en tal caso, muchos otros países habrían sentido la tentación de comprar el petróleo soviético, lo que hubiera herido en el punto sensible a un imperio petrolífero americano que fija a su conveniencia los precios mundiales.

DOS BARAJAS EN ORIENTE MEDIO

Cuando el 26 de julio de 1956 Nasser nacionalizó el canal, Eisenhower y Foster Dulles trataron el problema como «una rivalidad comercial a propósito del control de una empresa internacional de utilidad pública». Foster Dulles dijo a Christian Pineau, ministro francés de Asuntos Exteriores: «Verdaderamente no entiendo por qué están ustedes decididos a correr semejantes riesgos por amor a este maldito canal». Pero, del 9 al 12 de febrero de 1954, para que la bandera estrellada pudiese ondear ante las escuelas de la zona del canal de Panamá, las tropas del general O'Meara hicieron veinticuatro muertos y cerca de cuatrocientos heridos entre los estudiantes panameños. Esta utilización de la fuerza no tiene, desde luego, comparación con los medios empleados para la expedición de Suez. Pero el control absoluto de los Estados Unidos sobre el canal de Panamá ni siquiera era impugnado por los manifestantes. En contrapartida, cuando se trata del canal de Suez, el presidente Eisenhower, que dos años antes lanzaba una expedición armada contra Guatemala, declaró a Hervé Alphand, embajador de Francia en Washington: «Hay que parar esta guerra. (...) La vida es una escala que se alza hacia el cielo. Yo estoy en el último escalón y quiero presentarme ante el Creador con las manos limpias». Para imponer sus puntos de vista en Londres especuló a fondo con el hecho de que Gran Bretaña depende estrechamente del imperio económico americano. En Washington, el Departamento de Estado dio a entender al embajador británico que, si la baja de la libra esterlina continuaba, Gran Bretaña no podría escapar a la bancarrota. Y para reforzar su aserto, Washington empezó a «vender libras a manos llenas». Más tarde, Eden anotaría públicamente en sus memorias: «Los Estados Unidos (...) pusieron en acción todos los recursos de que disponían, que eran numerosos». Pero el poderío económico del imperio americano le permite jugar en dos tableros.

Oficialmente, Eisenhower escribe a

NEVSKA

..¡a chorros!



¡Qué satisfacción usar
Agua de Colonia NEVSKA!
¡Qué gran placer!
Agua de Colonia NEVSKA
es fresca, estimulante, limpia...
Toda la familia la desea
y agradece

NEVSKA LAVANDA
NEVSKA CITRON

¡Use NEVSKA a chorros!

fresca
estimulante
limpia



¡Nueva!
AGUA DE COLONIA
NEVSKA



John Kennedy se esforzó
en demostrar que en el Tercer
Mundo la expansión
económica y la democracia
podían caminar juntas.

podía aceptar que su plan fracasara por culpa de tres empresas privadas. Puesto que éstas se negaban a todo compromiso, el gobierno cubano las nacionalizó. En represalia, el presidente Eisenhower, saliendo en defensa no del interés nacional de los Estados Unidos sino de los intereses de grupos particulares, redujo en setenta mil toneladas las compras de azúcar cubano. A finales de año, las relaciones diplomáticas quedaron rotas.

El embajador de los Estados Unidos ya no era «el personaje más importante de Cuba». En la primavera de 1961, la CIA lanzó el intento de invasión de la Bahía de los Cochinos y Fidel Castro se declaraba socialista.

Se trata de una extraña paradoja, ya que no ocurre lo mismo en el interior de los Estados Unidos. Si Charles Wilson, ex presidente de General Motors y ex secretario de defensa, ha podido declarar una vez que «lo que es bueno para la General Motors, es bueno para los Estados Unidos, la tradición americana se guarda muy mucho de definir el interés nacional como la suma de los intereses particulares. Numerosos ejemplos demuestran, en efecto, que el gobierno, guardián del interés nacional, ha sabido frecuentemente oponerse a poderosos intereses privados especialmente bajo el New Deal, o en diversas aplicaciones de la ley anti-trust, o cuando Kennedy obligó a las grandes sociedades siderúrgicas a anular su decisión de aumentar los precios del acero.

ninguno
es
como
bolín!



BICOLOR AUTOMÁTICO
RECAMBIO UNIVERSAL
EXTENSA GAMA DE
COLORIDO
LINEA MODERNA
TINTA DOCUMENTAL
ARRANQUE RÁPIDO
ESCRITURA SUAVE
TRAZO CONTINUO Y
REGULAR
TINTAS AZUL-ROJA

15
pts.

100% español



bolín

el bolígrafo español siempre a punto

Fábrica IPECSA - Carretera de Aragón Km. 11.300 - Madrid-22

EL IMPERIO AMERICANO

Ben Gurion el 8 de noviembre de 1956 para decirle que los Estados Unidos «consideran (...) con la más profunda inquietud» sus declaraciones según las cuales las tropas israelíes no se someterían a la resolución de la ONU sobre la evacuación del Sinaí. Al mismo tiempo, Hoover, secretario de Estado interino, escribe a Golda Meier, ministro israelí de Asuntos Exteriores, en un tono mucho más categórico, hablando de «ruptura completa de las relaciones israelí-americanas y de un poderoso movimiento en el seno de las Naciones Unidas tendente a la expulsión de Israel».

Oficialmente, Washington hizo saber a Israel en qué consistían las sanciones económicas. Michel Bar-Zohar escribía a este respecto: «Goldman, presidente del Consejo Judío Mundial, informa a Ben Gurion de que el judaísmo americano (...) no se alineará con Israel si éste persiste en conservar los territorios conquistados; añade que la colecta del Fondo Nacional Judío podrá ser prohibida. También Alemania, bajo la presión americana, podría cesar en el pago de las reparaciones» debidas por Bonn a las víctimas de las persecuciones nazis. Amenazado con la privación de recursos exteriores, Ben Gurion debió inclinarse, pero intentó unas maniobras de retraso en el transcurso de las conversaciones iniciadas entre las capitales interesadas. También en esto debió ceder, ya que el imperio acentuó su presión económica. «Los americanos —escribe Michel Bar-Zohar— han empezado ya a aplicar sus sanciones bloqueando un empréstito prometido a Israel desde hace tiempo».

Así se resuelve, por las presiones económicas de los Estados Unidos sobre Gran Bretaña y sobre Israel, una crisis abierta por el «golpe de póker» de Foster Dulles, que había creído poder ejercer sin riesgos una presión económica sobre Nasser retirando la oferta americana de entregar a Egipto setenta millones de dólares para la construcción de la presa de Asuan. A todo lo largo de la crisis, Foster Dulles, insistió sobre la necesidad de no impugnar el principio de la nacionalización y de garantizar únicamente el derecho de circulación por el canal. «Cualquier otra fórmula —escribe André Fontaine— despertaba en el secretario de Estado el temor de que se quisiera extenderla al canal de Panamá, concedido a perpetuidad a los

Estados Unidos, y al que éstos no pensaban renunciar en ningún momento». Con sus presiones económicas sobre Israel y Gran Bretaña han dado satisfacción a Nasser. Pero éste no tarda en ser a su vez sometido de nuevo a las presiones americanas. Sin embargo, en 1952, la embajada de los Estados Unidos en El Cairo había desempeñado un papel importante en la consolidación del joven régimen nasserista, especialmente para evitar una reacción de las tropas británicas estacionadas en la zona del canal de Suez. En 1955, los Estados Unidos no desprecian ningún argumento para intentar convencer a Nasser de que entre en el pacto de Bagdad. Después, cuando Egipto compra a la URSS las armas que los Estados Unidos le han negado, Foster Dulles intenta cortar la aproximación egipcio-soviética retirando su oferta de financiar la presa de Asuan. Estas iniciativas de aprendizaje de brujo pusieron en marcha la crisis de 1956 a la que Washington no encontró otra solución que ejercer nuevas presiones económicas.

Esta sucesión de torpezas no desanimó a los Estados Unidos de intervenir en el Oriente Medio. Decidieron, por decisión unilateral y sin siquiera consultar a sus aliados, dotar de un marco jurídico a sus intervenciones. Esta fue la «doctrina Eisenhower», que el presidente propuso al Congreso el 5 de enero de 1957. Con la «doctrina de Monroe» los Estados Unidos afirmaban sus derechos sobre el conjunto del continente americano. Con la «doctrina Truman» tomaban la iniciativa en Grecia y en Turquía. Con la «doctrina Eisenhower» se proclamaban los gendarmes del Oriente Medio, sobre el que vela la VI Flota. En virtud de esta nueva «doctrina», unilateralmente proclamada sin ningún acuerdo internacional, el presidente de los Estados Unidos es autorizado por el Congreso a «conceder una asistencia económica y militar a todo país o grupo de países de esta región deseoso de gozar de ella, quedando claro que esta asistencia podría llevar consigo el empleo de fuerzas armadas americanas». Tres meses más tarde, ante los acontecimientos que agitan a Jordania, Eisenhower ordena a la VI Flota que se ponga en movimiento y luego abre al rey Hussein un primer crédito de 10 millones de dólares. En junio del mismo año, para favorecer la elección del presidente

En la primavera de 1961, la CIA lanzó el intento de invasión de la Bahía de Cochinos. Cuba ha dedicado una buena parte de sus esfuerzos al ejército.



Estados Unidos importa el 34 por ciento del mineral de hierro que consume, el 88 por ciento de la bauxita, el 92 del níquel, el 99 del manganeso, el 100 del cromo, el 25 del tungsteno, el 21 del cobre, el 44 del cinc, el 85 del amianto, el 100 del caucho.

Chamun en el Líbano, conocido por sus simpatías pro-occidentales, los Estados Unidos le conceden una ayuda económica la víspera de la segunda vuelta del escrutinio. En enero de 1959, Egipto y Siria deciden fusionarse para formar la República Árabe Unida, y más tarde, el 14 de julio del mismo año, en Irak, el general Kassem derroca la monarquía, mientras que el presidente Chamun se queja de una «agresión exterior contra el Líbano», agresión de la que ningún observador ve el menor rastro. Foster Dulles, estimando que es hora de «poner un freno a los reveses de los Estados Unidos en el Oriente Medio», hace desembarcar en el Líbano a 10.000 «marines». Su presencia y las gestiones de Robert Murphy, enviado por Eisenhower, disuaden a Chamun, al que han hecho elegir la primera vez, de solicitar un nuevo mandato.

La lista de las intervenciones americanas en los distintos países del Cercano Oriente es larga. Cuando el general Kassem, en Irak, promulga la ley 81, por la cual atribuye al Estado el 95 por ciento de las concesiones de la Iraq Petroleum Company, Washington protesta enérgicamente. Después, el Irak se retira del pacto de Bagdad. El general Kassem es derribado y asesinado en febrero de 1963 por el general Aref, con la ayuda de la CIA. Esta «revolución» es seguida de una verdadera matanza de los elementos comunistas y progresistas, ya que el embajador de los Estados Unidos en Bagdad no vaciló en proporcionar a las milicias las listas de indeseables.

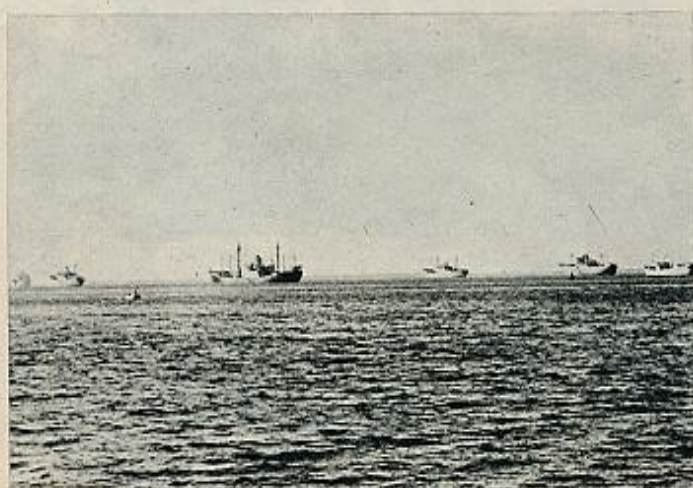
Egipto, naturalmente, no se liberó de las intervenciones de los Estados Unidos. En 1965, en colusión con la CIA, la muy conservadora asociación de los Hermanos Musulmanes organiza un amplio complot para derrocar el régimen nasserista, pero los principales responsables son detenidos. En octubre del mismo año, Washington se niega a renovar el acuerdo trienal sobre entregas de trigo a pesar de que, desde hace diez años, los Estados Unidos han proporcionado a Egipto trigo por valor de 879 millones de dólares. Estas entregas son pagaderas en moneda local, el único medio de que dispone Washington para deshacerse de sus enormes excedentes agrícolas, cuyo almacenaje, sólo para el año 1960, costó 576 millones de dólares, sin arruinar a los granjeros ame-

ricanos. La venta de estos excedentes se convirtió en un excelente medio de presión sobre los países más o menos recalcitrantes con relación a Washington. Ahora bien, El Cairo ha denunciado con frecuencia la política americana en el Vietnam, la intervención en el Congo, el envío de tropas a Santo Domingo, etc... El 3 de agosto de 1966, los Estados Unidos, después de haber dejado a Egipto sin trigo durante unos meses, aceptan venderle, aunque en condiciones menos ventajosas, 56 millones de dólares de cereales. Después, en 1967, ponen a Nasser sus condiciones para la reanudación de las entregas: retirada del apoyo a los nacionalistas de Aden, cese de la propaganda egipcia contra la Arabia Saudita, etc... Nasser rechaza a la vez estas condiciones y el trigo americano. Por fin, en vísperas del conflicto árabe-israelí, el embajador de los Estados Unidos en El Cairo amenaza a Nasser con hacer intervenir la VI Flota si pone en marcha las hostilidades. A Israel no se le hizo una advertencia similar, y aquél tomó la iniciativa de los combates. Así han sido ejercidas innumerables formas de presión, en la esperanza de acabar con un régimen al que los Estados Unidos habían considerado, en sus comienzos, con buenos ojos.

SANTO DOMINGO. GUATEMALA

En virtud de una antigua tradición, las intervenciones de los Estados Unidos en América Latina son extremadamente frecuentes y se rodean generalmente de muy escaso misterio. El caso más llamativo es, evidentemente, el envío, en 1965, de más de 20.000 «marines» a Santo Domingo bajo pretexto de salvaguardar la vida de los ciudadanos americanos. El dictador Trujillo había sido asesinado el 30 de mayo de 1961 y, después de múltiples peripecias, un demócrata reformista, Juan Bosch, había sido elegido presidente de la República en 1963. Había sido derrocado en septiembre del mismo año sin que los Estados Unidos, que se habían comprometido, en virtud de la Alianza para el Progreso, a apoyar a los regímenes constitucionales, sintieran la necesidad de acudir en su ayuda. Esta abstención de Washington tomaría, retrospectivamente, una significación muy diferente si los Estados

En el conflicto del Canal de Suez (bajo estas líneas), los Estados Unidos se permitieron una postura liberal. No se trataba, naturalmente, del Canal de Panamá



Terlenka® YOUNG



La moda que imponen los jóvenes

La elegancia masculina entra a un ritmo joven. TERLENKA YOUNG es una moda atractiva, internacional y un punto atrevida. TERLENKA YOUNG es un nuevo estilo de moda que imponen los jóvenes. TERLENKA YOUNG abre una nueva era en el vestir del hombre.

Lo más nuevo en el vestir lleva esta nueva etiqueta



Con frecuencia se mantiene la ilusión de que la prosperidad americana se basa a la vez en una tecnología avanzada —lo cual es exacto— y en la abundancia de los recursos del suelo y subsuelo de Estados Unidos, lo cual ya no es cierto. La "sociedad de la abundancia" está basada en una muy desigual distribución de las riquezas disponibles en el mundo.



El presidente Juan Bosch —derrocado en 1963— no recibió ayuda alguna de los Estados Unidos, a pesar de los compromisos de la Alianza para el Progreso.

Unidos no hubieran intervenido masivamente, dos años más tarde, para salvar «in extremis» a los militares del general Wessin y Wessin a los que las tropas constitucionalistas del coronel Caamaño habían abocado prácticamente a la derrota. Para justificar esta acción, que hundía de nuevo a Santo Domingo en la dictadura, el Departamento de Estado publicó la lista de «cincuenta y tres personalidades comunistas» sospechosas de querer tomar el poder. Una firme resolución de salvar a la democracia en Santo Domingo habría convencido a los Estados Unidos de apoyar a Juan Bosch en 1963, y no de volar, en 1965, en socorro de la casta militar legada al país por la dictadura de Trujillo. De hecho, esta última intervención, que provocó una profunda indignación en América Latina y especialmente en Chile y en Uruguay, apenas puede extrañar. Cuando, en 1960, los Estados Unidos suspendieron sus compras de azúcar a Cuba, la República Dominicana, entonces sometida a la dictadura de Trujillo, figuraba en cabeza de la lista de los países a los que los Estados Unidos se dirigieron en prioridad para sus encargos suplementarios de azúcar. Trujillo no podía esperar un gesto alentador más concreto. Treinta años antes había accedido al poder aupado por los «marines» americanos que ocupaban el país. Desde entonces, Washington no le había escatimado su apoyo y era natural que los Estados Unidos, que nada habían hecho por ayudar al demócrata Juan Bosch, intervinieran masivamente para salvar a los militares formados en la escuela de la dictadura.

Un informe de la comisión de Asuntos Exteriores del Senado de los Estados Unidos declaraba en 1967: «En el transcurso de los cinco últimos años una nueva ola de militarismo ha barrido la América Latina. Entre marzo de 1962 y junio de 1966 nueve presidentes civiles, regularmente elegidos en el respeto de la Constitución, han sido derrocados por golpes de Estado militares».

También pasan a la acción antes del escrutinio cuando prevén que el resultado de las urnas les será desfavorable. Este fue el caso, en 1963, en



Los intereses norteamericanos chocaron en el Brasil con el gobierno de Joao Goulart, que fue derrocado en 1964 por un golpe militar.

Guatemala, para impedir la vuelta al poder del ex presidente Juan José Arévalo, cuyo precedente gobierno (1945-1950) había permitido el acceso al poder de Jacobo Arbenz, derrocado en 1954 por la CIA. El mismo año, añadía el informe de la comisión del Senado americano, «los militares intervienen en Ecuador para impedir la vuelta prevista de José María Velasco Ibarra, al que habían depuesto dos años antes, y en Honduras los militares intervienen para impedir el previsto triunfo de Rojas Alvarado, candidato del partido liberal populista».

En Brasil, por ejemplo, Washington no se ha contentado con quedarse impasible ante el golpe de fuerza que en 1964 derrocó al presidente Goulart y con mantener a continuación las mejores relaciones con los regímenes militares del mariscal Castelo Branco y después del mariscal Costa e Silva. Así es como Lucas Garcez, ministro del presidente Goulart, fue constreñido, para obtener un préstamo del gobierno de Estados Unidos, a conceder importantes privilegios a una compañía americana en la petroquímica brasileña. Cuando era gobernador del Estado de Rio Grande do Sul, Lionel Brizzola fue convocado a Brasilia, al despacho del presidente, donde le esperaban los representantes de la compañía americana de teléfonos que acababa de nacionalizar. En el mismo momento, en Washington, el autor de este libro se encontraba en el despacho del responsable de América Latina en el Departamento de Estado, y éste, informado por teléfono de que el gobernador había firmado la orden de nacionalización, no se privaba de responder en presencia de su visitante: «Brizzola es el hombre que hay que abatir». A pesar de todos sus esfuerzos, la Hanna Mining Corporation no había logrado obtener del gobierno Goulart una concesión a largo plazo para la explotación y la comercialización de los minerales de hierro de Minas Gerais: no tuvo ninguna dificultad para que le concedieran este monopolio a raíz de una conversación entre el embajador de los Estados Unidos en Rio de Janeiro y el mariscal Castelo Branco, que había accedido a la presidencia después del gol-

pe de Estado militar contra Goulart. A continuación, la Hanna Mining Corporation decidió revender sus derechos al grupo brasileño Antunes, ligado a la Bethlehem Steel Corporation, que controlaba ya los riquísimos yacimientos de manganeso de la Amapa. Como se negaba a satisfacer las pretensiones de la compañía americana Bond & Share, el presidente Juscelino Kubitschek fue instado por teléfono a trasladarse a Roma, donde entonces se encontraba el presidente Kennedy, para «resolver este asunto desagradable para las relaciones entre los Estados Unidos y el Brasil».

Estos ejemplos relativos al Brasil no dan, desde luego, una idea completa de las intervenciones efectuadas por Washington en América Latina al servicio de su imperio económico. Pero en cualquier caso sirven para ilustrar un procedimiento ya clásico.

Las grandes compañías americanas que han invertido en América Latina disponen, además, de su lobby en Washington, donde la mayor parte de los miembros del Congreso y del gobierno las consideran como misioneras del progreso en los países económicamente subdesarrollados. Washington alienta las inversiones privadas, en la certeza de que la ayuda gubernamental no basta para garantizar un coeficiente de desarrollo suficiente. El Congreso aprueba esta política, que le permite votar menos créditos para programas de ayuda necesariamente impopulares entre los electores-contribuyentes. El gobierno y el Congreso se consideran los guardianes de estas inversiones que pueden ser amenazadas por eventuales revoluciones o nacionalizaciones. Saben también que estas inversiones son indispensa-

bles para el nivel de vida americano, tanto garantizando la libertad del acceso a ricos yacimientos de materias primas de las que la economía de los Estados Unidos no puede prescindir, como ofreciendo la posibilidad de repatriar cada año beneficios muy superiores a las nuevas inversiones, que pueden volver a ser invertidos en otra parte. Al mismo tiempo, los programas americanos de ayuda económica permiten influir en los gobiernos latinoamericanos, que no se atreven a privar a sus países de estos créditos, en cualquier caso muy inferiores a los beneficios repatriados por las compañías americanas.

En un análisis muy elogioso de la Alianza para el Progreso, William D. Rogers describe las intervenciones de los Estados Unidos en las campañas electorales de Argentina y Chile. Se ha creado poco a poco una tupida red, reforzada por la formación en Estados Unidos de oficiales, ingenieros, técnicos, etc., que se convierten en otras tantas fieles servidores del imperio. Además, los Estados Unidos han establecido en América Latina un potente control sobre la prensa, la televisión y el cine para condicionar la opinión pública.

El sistema, de este modo, se ha perfeccionado grandemente desde la proclamación de la «doctrina de Monroe» en 1823. Esta sigue en vigor, como lo ha demostrado John Kennedy en el momento de la crisis de los cohetes en Cuba, en 1962. La «política del big stick», instaurada por Teodoro Roosevelt, sigue vigente en la segunda mitad del siglo XX con el golpe de Guatemala (1954), el desembarco de la Bahía de los Cochinos (1961), la ocupación de Santo Domingo por los «marines» (1965) y la formación

El general Kassem promulgó, en 1961, una ley que atribuía al Estado el 95 por ciento de la Irak Petroleum Co. Fue asesinado en 1963. En la foto puede verse cómo el general dormía en su despacho por temor a un atentado.



EL IMPERIO AMERICANO

de las fuerzas «anti-guerrilla» en los demás países. La «dollar diplomacy» inaugurada por el presidente Taft se manifiesta en las presiones que acompañan a los créditos gubernamentales y en las intervenciones directas de la Casa Blanca y del Departamento de Estado a favor de los intereses privados americanos. La «política de buena vecindad» de Franklin Roosevelt inspira siempre los discursos oficiales, lo mismo bajo Kennedy que bajo Johnson, aunque luego sus principios no sean corroborados por los hechos. La Alianza para el Progreso hace una síntesis, más o menos armoniosa, de estas diferentes herencias cuyos efectos se conjugan para mantener y reforzar la influencia de los Estados Unidos en América Latina, bastión esencial de la supervivencia del imperio.

Para tener en su mano a las naciones del continente, Washington dispone de la Organización de Estados Americanos, donde su voluntad termina pronto o tarde por imponerse, tanto más fácilmente cuanto que los Estados Unidos garantizan el 66 por ciento de su presupuesto. El Departamento de Estado vela sobre la elección de la personalidad que ocupa la Secretaría General de la organización. El último ejemplo de esto lo proporciona la elección para este cargo, en 1968, de Galo Plaza Lasso, ex presidente del Ecuador, nacido en Nueva York y que domina el inglés sin acento, enviado por la ONU al Líbano, al Congo y a Chipre en el momento de las crisis que pusieron en ebullición aquellos países. Galo Plaza, que no fue elegido hasta la sexta vuelta del escrutinio, dada la desconfianza existente a su respecto, no presentó su candidatura hasta después de haber charlado con Dean Rusk, secretario de Estado. La insistencia demasiado abierta de los responsables americanos a su favor incitó al senador Fulbright a denunciar a una «diplomacia inepta» incapaz de actuar «con un mínimo de discreción». Y el delegado americano, Sol M. Linowitz, replicó que no había «hecho otra cosa que hacer saber claramente que Plaza era el hombre escogido por Washington. La OEA sigue así protegiendo ese sector vital del imperio americano, aunque los países miembros de la organización sean mal recompensados por el apoyo que aportan a la política de los Estados Unidos. El presidente de Colombia, Carlos Lleras, declaró, sin que se le prestara atención, que en 1950 podía importarse un jeep a cambio de diecisiete sacos de café, mientras que en 1967 hacían falta cincuenta y siete. Totalmente incapaz de resolver los problemas económicos de América Latina, la OEA sigue siendo un precioso instrumento al servicio del imperio para «cubrir» las operaciones montadas contra Cuba o el envío de «marines» a Santo Domingo y para controlar los gobiernos recalcitrantes sometidos a la regla de la mayoría.

La partida que se juega en América Latina es inseparable de un enfrentamiento más amplio, a escala mundial. En su deseo de controlar el mercado de las materias primas de las que son los máximos consumidores, los Estados Unidos han sido conducidos a ejercer fuertes presiones sobre sus aliados europeos. Ejemplo de ello es la «guerra del níquel». En 1965, la compañía francesa «Le Nickel», controlada por el grupo Rothschild, tercer productor de un mineral extremadamen-



En 1965, 20.000 marines invadieron Santo Domingo «para salvaguardar las vidas de los ciudadanos norteamericanos». En la foto, un nativo muestra el cadáver de su hijo —muerto a causa de una bomba de gas— a un marine.

te escaso, llevó a cabo un acuerdo tripartito: la sociedad francesa compra el níquel a Cuba y vende a la China comunista una importante parte de su producción de Nueva Caledonia. En agosto de 1965, el gobierno americano prohíbe la importación de todos los productos que contengan metal proporcionado por la sociedad «Le Nickel». Seis barcos franceses que transportan objetos de acero inoxidable son bloqueados en el puerto de Nueva York. Lo paradójico es que la sociedad «Le Nickel», antes de comprar el mineral cubano, ha intentado procurárselo en Estados Unidos, donde el gobierno posela entonces un «stock» de 166.761 toneladas. Pero Washington se ha opuesto categóricamente a esta propuesta. El gobierno francés protesta vigorosamente contra el bloqueo de los barcos, pero, como escribía entonces la revista «Time», «los Estados Unidos no parecen tener prisa por llegar a un compromiso mientras el general De Gaulle siga creando dificultades a la NATO, al Mercado Común y a la ronda Kennedy». Por fin se llegará a un compromiso cuando las autoridades francesas se comprometan a garantizar que los productos vendidos a los Estados Unidos no contienen níquel procedente de Cuba. Pero el asunto tendrá ramificaciones con la creación en Francia de una nueva sociedad con fuerte

participación de capitales americanos para hacer la competencia a la sociedad «Le Nickel», que se había atrevido a comprar a Cuba y a vender a la China comunista.

Semejante incidente no deja de tener relación con las sanciones aplicadas por los Estados Unidos a los cargueros de Europa Occidental que establecen comunicaciones con Cuba: sean franceses, ingleses, griegos o suecos, el acceso a los puertos de Estados Unidos les está prohibido. Washington sigue esforzándose en imponer sus propias decisiones políticas a las empresas extranjeras. Una sociedad francesa de construcción de automóviles ha renunciado a instalar cadenas de montaje en diversos países porque el Quai d'Orsay había sido informado de que esta empresa perdería en ese caso el mercado de los Estados Unidos. Una empresa francesa especializada en simientes seleccionadas ha abandonado contratos firmados con ciertos países, entre ellos Cuba, porque el consulado de Estados Unidos le informó de que sus proveedoras norteamericanas rechazarían sus encargos. Un acuerdo comercial franco-haitiano, ya firmado, fue anulado a raíz de una gestión del embajador de Estados Unidos cerca del presidente Duvalier, a pesar de que el referido acuerdo ofrecía un medio de equilibrar los intercambios

franco-haitianos. Cualquier gobierno que reciba una ayuda oficial de los Estados Unidos está amenazado con perderla si intenta sustituir a un proveedor americano por otro europeo o japonés que ofrezca condiciones más ventajosas. Los presidentes americanos de las filiales de compañías americanas instaladas en el extranjero están sometidos a la legislación del Congreso de los Estados Unidos, lo que significa que no pueden elaborar su política comercial en función de los intereses del país en que se encuentran, sino que deben, por ejemplo, para la venta de los productos llamados «estratégicos», someterse a las decisiones de Washington. Naturalmente, los países económica o financieramente dependientes de los Estados Unidos pierden su libertad de iniciativa política y diplomática. Es por lo que el gobierno de Harold Wilson, a pesar de los votos de un partido laborista hostil a los bombardeos de Vietnam del Norte, se niega a solidarizarse de la política vietnamita del presidente Johnson. ■ C. J. Fotos: Archivo «Triunfo».

© Ediciones Grassat.—Agencia L. Forestier y TRIUNFO, para España.

PROXIMO NUMERO:
(2) EL IMPERIO MILITAR